

---

*Gregorio Weinberg*

**C**onstituye Radiografía de la pampa —junto al Facundo y al Martín Fierro— uno de los libros fundacionales de la literatura argentina; más aún, de la latinoamericana; legítimo es, por tanto, situarlo entre los configuradores de nuestra personalidad cultural. La obra, transgresora de géneros y convenciones, inaugura una corriente de indagación del nuevo carácter que la crisis de 1930 confería a la realidad, y para atestiguarlo recurre a un lenguaje destumbrante, grávido de intuiciones y osadas mostraciones. Inoportuno, como todos los profetas, predicó en un medio que aún no había decidido arrumbar el conformismo y el candor; ¿no serán la belleza y la extemporaneidad dos de sus mayores virtudes?

Admitidos en forma unánime sus merecimientos específicamente artísticos —insumisos por cierto a cualquier reduccionismo apresurado o simplista, resistentes a todos los embates polémicos, análisis estilísticos y lingüísticos—, advertimos que sobre Ezequiel Martínez Estrada aquella crisis tuvo efectos profundos y persistentes, modificadores de su personalidad y de su entorno humano. En apariencia pocos indicios presagiaban en el poeta brillante y admirado de sus primeros libros (escritos en años de bonanza para el país y de maduración personal) al áspero y trascendente ensayista posterior. Esta metamorfosis lo convierte en un sentidor y en un pensador, como Sarmiento, al que tantas veces fue comparado, aunque en éste advertimos una tercera dimensión, la del constructor, ausente en quien escribió La cabeza de Goliat.

A pesar de las conjeturas de algunos críticos tempranos, las «radiografías fatídicas» significaban algo más que descreídos diagnósticos de antiguas malformaciones o dolencias persistentes. Tampoco los engañosos factores circuns-

*tanciales eran tales sino el inesperado redescubrimiento, en profundidad y contundencia, de una realidad desatendida cuando no mal interpretada hasta entonces por aferrarse a pautas piadosas e inapropiadas. No serían labradores sino geólogos los convocados a testimoniar sobre los resultados de la exploración. Exégetas y comentaristas escasas veces advirtieron que aquellas «radiografías» adquirirían, gracias al virtuosismo de su autor, una función más trascendente: una secuencia de hallazgos que constituían, en rigor, una revelación.*

*En un esbozo de periodización por nosotros elaborado años ha, señalábamos tres etapas claramente diferenciadas en el desarrollo cultural de América Latina. La primera de ellas sería la de la cultura impuesta, correspondiente al período colonial, con todos los acatamientos y sumisiones que ello implica. La segunda, cultura aceptada o admitida, encubre cierta dependencia espiritual contra la cual, en su momento, se insubordinaron E. Echeverría y A. Bello, entre otros; se cierra en 1930. La tercera, cultura criticada o discutida, se prolonga a partir de esta fecha y hasta nuestros días. Desde luego que estos deslindes requieren, además de subdivisiones, argumentos que favorezcan su comprensión y ciertos antidotos que eviten simplificaciones abusivas. Para comenzar, un dato incuestionable: elementos de una etapa perduran y sobreviven en la siguiente; hay residuos coloniales en nuestra realidad postindependentista y aun en la contemporánea. Súmese a ello que cada momento alberga en su seno contradicciones que lo negarán o servirán de estribo para el siguiente (así, las ideas de la Ilustración, presentes en los procesos formadores de la nacionalidad, ya se propagan a partir del período hispánico); añádase a esto la asincronía, una constante que caracteriza todo nuestro desenvolvimiento histórico, la que a veces puede tornarse un espejismo desorientador. Esta complejidad dialéctica, entendible en clave hegeliana, este entrevero entre rezago y anticipo, perduración y desaparición, voces y ecos, semillas y cenizas, presencias y sombras, es el recurso al cual cabe recurrir para evitar ordenamientos arbitrarios e interpretaciones ingenuas. Ahora bien, juzgamos que Radiografía de la pampa es uno de los testimonios más elocuentes de la tercera etapa, momento crítico al que hemos aludido y en el cual proseguimos inmersos; y parte de cuyo espléndido vigor surge precisamente de su análisis que se arriesga a hacer un corte transversal de la trayectoria entera de nuestras sociedades, de sus frustraciones contumaces y de sus esperanzas amortiguadas. Esta rotundidad de algún modo refuta el reproche que está entre los más frecuentes que se le hicieron, acerca del carácter ahistórico de sus enfoques. Sin dejar de ser expresiva de un instante, la intuición de E. Martínez Estrada lo lleva a abrazar la historia en todo su espesor, como quería F. Braudel; al intento de englobar a un tiempo todas las etapas mencionadas, no en forma sucesiva sino simultánea. Esto podría explicar quizás el fatalismo subyacente (en algún sentido, y sólo en cierto sentido, asimilable a las nociones de rigidez o inelasticidad empleadas hoy por algunos científicos sociales); es esta simultaneidad abarcativa la*

que por momentos parece eludir la dimensión temporal. Estos abordajes longitudinales y transversales posibilitan su percepción totalizadora, y a este procedimiento acude tanto por razones temperamentales como por la carencia de herramientas conceptuales idóneas. Y esto último requiere una elucidación.

La crisis, precipitada a partir de 1930, desarticuló la realidad, cierto es, una realidad tan arduamente constituida, y para cuyo entendimiento gravitaron en aquella situación más las formas y tradiciones que los proyectos y las audacias; pero también invalidó los instrumentos conceptuales empleados. O repetido sin retórica alguna, fue un verdadero cataclismo que trizó la cosmovisión admitida. La vía para recomponerla ¿podía ser la analítica o debía ser la sintética?; y su signo ¿negativo o positivo? Para asumir esta coyuntura («combinación de factores y circunstancias») E. Martínez Estrada recurrió al método intuitivo que legitimó literariamente. O expresado con palabras de P. Orgambide, «casi siempre el artista se impuso sobre el pensador y la metáfora sobre el concepto».

Mucho se ha escrito acerca del significado de aquella fecha (1930) para que porfiemos una vez más en su examen. Digamos, con todo, que a la sazón parece clausurarse no sólo una etapa sino algo más grave y preocupante: la dimensión futura y el optimismo más o menos generalizado. Cae precipitadamente un telón y en medio de la perplejidad casi nadie atina a proseguir con la representación: ¿debía modificarse la obra, cambiar los actores? Entre tanto, y para peor, la conmoción había modificado las inquietudes y los gustos de los espectadores, y el lenguaje mismo aparecía abrumado por otras tensiones. Esto último puede comprenderse tanto a través de los testimonios de la literatura «cultura» (los ensayistas de la hora, en particular, pero sobre todo los de los años sucesivos) como de la literatura «popular» (las letras de tango registran esas variaciones de la «temperatura» ambiente), y entre ambos estratos un periodismo de creciente influencia. Se actualiza una inquisición apasionada acerca de los motivos que permitían atribuir a aquel pasado la responsabilidad de dichas turbiedades y desazones.

Martínez Estrada no verá, por supuesto, como algunos ideólogos nacionalistas en el ayer, la edad de oro perdida y por consiguiente posible de recuperar. El significado de la historia conviértese por tanto en un nuevo campo de disputas. Asimismo se había marchitado aquella confianza en la grandeza del país que, junto al culto al coraje y la rebelión a las autoridades, constituían, por ejemplo para Juan Agustín García, los tres rasgos del carácter argentino. Si el voto secreto y obligatorio pudo contribuir a la consolidación de la democracia, los nuevos tiempos —los del «fraude patriótico»— demostraban la endeblez de esa conquista; antes de haber «digerido» el aluvión inmigratorio otros cambios poblacionales significaban verdaderos trastornos demográficos: ¿estaban fundidos, confundidos o apenas entreverados, el indio, el gaucho, el criollo, el inmigrante? ¿Cuál era la resultante, el perfil cierto de la Argentina? Interrogantes

*todas llenas de sentido. La imprevisibilidad, que linda con el pesimismo, atiza la crisis de conciencia; el tema de la identidad, angustia.*

*Mientras tanto el poeta se estaba transfigurando en un intelectual que pretendía asumir todas las dimensiones de esa crisis, tal como lo expresa en su prólogo a la Antología que editó en 1964: «Con Radiografía de la pampa yo cancelo, no del todo pero casi definitivamente lo que llamaría la adolescencia mental y la época de vida consagrada al deporte, a la especulación y al culto de las letras. Radiografía de la pampa significa para mí una crisis, por no decir una catarsis, en que mi vida mental toma un rumbo hasta entonces insospechado. Diré que fui enrolado en las filas del servicio obligatorio de la libertad de mi patria». Y poco más adelante añade: «Radiografía es, pues, una revelación o puesta en evidencia de la realidad profunda. Ahora, después de treinta años, me explico y me parece natural y lógico que el libro haya sido recibido con una hostilidad que el psicoanálisis puede denominar defensa de una situación». Los juicios acerca del efecto de las secuelas de la crisis sobre este «enfermo de patria» abundan; así, en el agudo comentario de Luis Emilio Soto o en el brillante ensayo que le dedicó José Luis Romero (1976), para mentar sólo algunos memorables.*

*En la formación intelectual de nuestro autor, sobre cuyos lineamientos esenciales mucho se ha escrito y resta explorar en ciertos compartimientos y detalles, aparecen una cantidad de nombres, disciplinas y corrientes de pensamiento (F. Nietzsche, H. Keyserling, O. Spengler, antropología social, psicoanálisis, etc.) que fueron desplazando paulatinamente en su espíritu (como lo estaban haciendo en la sociedad toda) las ideas de filiación positivista, cuyo paulatino desalojo se veía favorecido por las crecientes dificultades con las cuales aquella filosofía tropezaba para dar una visión coherente y satisfactoria de un proceso que la iba negando a medida que se profundizaba. La misma Europa, cuna de la idea de «progreso» mecida por el optimismo, se debatía en medio del desconcierto y las turbaciones que se metamorfoseaban cada vez más en perturbaciones.*

*Las reflexiones precedentes provienen de una prolongada atención al universo conceptual y artístico de Radiografía de la pampa y de un prolijo repaso reciente de sus páginas inquietantes, cuando ya avizoramos el siglo XXI y las brumas del presente no presagian desaparecer; años también son éstos de desesperanzada esperanza, de interrogaciones. Al repensar el significado del texto hemos prescindido de propósito de la obra posterior de E. Martínez Estrada y de su significado como encauzadora de rumbos y tendencias, suscitadora de críticas entre alertas y apasionadas, nunca indiferentes. Preferimos concentrarnos sobre el espíritu de este libro-clave, cuya gestación y escritura exhiben un amor firme y exasperado, y al cual el tiempo, además de la experiencia estética que su frecuentación siempre depara, añade vigencia y lozanía. Diestro alquimista, nuestro autor transmutó sus intuiciones en tensa inquietud y ésta en belleza perdurable.*